

# **Asalto al cielo**

**LO QUE NO SE HA DICHO DEL 68**

**RUBÉN ARÉCHIGA ROBLES**

**ENRIQUE CONDÉS LARA**

**JORGE MELÉNDEZ**

**JOEL ORTEGA JUÁREZ**

**JORGE POO HURTADO**



**OCEANO**

# Un tigre con colmillos

JOEL ORTEGA JUÁREZ



Lo ocurrido en el 68 ha tenido, tiene y tendrá múltiples lecturas. La reconstrucción de la atmósfera generacional que aquí presenta Enrique Condés no se limita a una visión aldeana ni meramente defensiva del movimiento. Esa generación fue a escala planetaria una *generación de ruptura*; su espíritu subversivo abarcaba todos los ámbitos de la vida. Colocarse los anteojos de la moda política actual para concluir que fue la antesala de los procesos denominados *transición democrática* equivale a ponerle traje, corbata y celular a una generación que vestía jeans, escuchaba a los Rolling y traía en una mano la molotov y en la otra la efigie del Che. La "revolución que amábamos tanto", evocada por Daniel Cohn-Bendit, Dany le Rouge, en su libro al respecto era la obsesión de todos en todas partes contra el capitalismo alienante del primer mundo, contra las guerras coloniales e imperiales, contra el racismo, contra las dictaduras de los gorilas militares en Sudamérica, pero también contra las burocracias de los países del socialismo autoritario del este y del centro de Europa, así como las de sus amos encaramados en el poder en la URSS.

La "ola revolucionaria y libertaria" fue combatida por todos los poderes con todo tipo de armas. El general Charles de Gaulle lanzó a los flic (granaderos) contra las barricadas del Quartier Latin (barrio latino parisino); luego, cuando al movimiento se sumaron ocho millones de obreros franceses, acudió a la campaña xenófoba y, finalmente, recurrió al referéndum. Policías, demagogia nacionalista y votos fueron arrojados contra las barricadas estudiantiles y las huelgas obreras.

En México, Gustavo Díaz Ordaz recurrió al arsenal de la guerra fría. "Conjura comunista", vomitaban los diarios, la televisión y la radio en los primeros días del movimiento. Granaderos, soldados y grupos paramilitares dismantelaron las barricadas del centro de la ciudad de México. Una ocupación masiva del ejército tomó Ciudad Universitaria (CU). Los



*El Che en Bolivia*



*Daniel Cohn-Bendit*

diputados lanzaron condenas históricas al movimiento y al rector de la UNAM, Javier Barros Sierra. Fidel Velázquez amenazó con formar "batallones obreros". Las admoniciones del viejo Vicente Lombardo Toledano, muerto emblemáticamente ese año, calificaban a los estudiantes como "agentes de la CIA".

Se utilizó todo el arsenal para aplastar a los iconoclastas y subversivos. Como el régimen de la Revolución mexicana llegó al poder a balazos, no le recetaron al movimiento una respuesta "democrática", con "votos" como De Gaulle, sino que lanzaron a los tanques y las metralletas para aplastarlo en Tlatelolco el 2 de octubre; balazos y bayonetas para evitar que la mancha rebelde se extendiera y llegara a los trabajadores, maestros, empleados públicos y campesinos.

Fue una represión desproporcionada, si nos atenemos a los seis puntos del pliego petitorio del movimiento; una furiosa respuesta estatal, si escuchamos las voces y recordamos las acciones de los *protagonistas olvidados*, de quienes nos habla Jorge Poo Hurtado.

El 68 mexicano tuvo, ciertamente, participantes de diversos tipos. Las grandes movilizaciones configuraban un gran arcoiris. Desde los "irredentos pandilleros" del centro, la Guerrero, Santa Julia y algunos porros de las prepas, hasta jóvenes funcionarios de la Universidad y aun algunos "profesionistas" que trabajaban en oficinas gubernamentales.

Al interior del movimiento existían tres grandes niveles de participación: las brigadas, las asambleas generales por escuela y el Consejo Nacional de Huelga (CNH).

Las brigadas constituían el "corazón" del movimiento. Lo mismo repartían volantes en las calles, los barrios y las fábricas, que colectaban dinero mediante boteo. Pero también eran capaces de organizarse para enfrentar a los granaderos, levantar barricadas con camiones y trolebuses incendiados, y a veces una que otra patrulla.

Gracias a las brigadas el movimiento no se detuvo tras la ocupación de Ciudad Universitaria. Unos minutos después de la "toma" ya circulaban centenares, quizá miles, de volantes denunciándola. La máxima de los militares franceses aprendida durante la guerra argelina, consistente

en "acabar con la cabeza para poner fin a la reproducción infinita de la tenia", fracasó. El gobierno consideró que tomando CU, al no tener donde sesionar el CNH, ni donde realizar las asambleas, el movimiento desfallecería. Se equivocó rotundamente. Los mimeógrafos trabajaron horas extras desde los cientos de lugares donde estaban instalados. Lo mismo en las pobres viviendas de las vecindades de los barrios populares que en los depas de los muchachos clasemedios. La misma madrugada siguiente a la ocupación comenzaron a verse por la ciudad trolebuses y camiones incendiados.

Jóvenes desengañados de las promesas gubernamentales, activistas de los partidos y grupúsculos de izquierda, chavos desheredados del "régimen de la Revolución mexicana", incipientes miembros de las juventudes priístas y algunas decenas de profesores recién egresados de la UNAM, el Poli, la Normal y Chapingo conformaban un abigarrado cuerpo que se reunía a debatir en las asambleas generales.

*26 de julio de 1968:  
manifestación de solidaridad  
con el pueblo de Vietnam*



Las manifestaciones tuvieron fuerza plástica, masiva y política gracias, en buena medida, a la decisión del rector Javier Barros Sierra de encabezar la del primero de agosto. Una marcha presidida por el rector de la UNAM (nieta de don Justo Sierra, creador de la Universidad Nacional; socio importante de la empresa mexicana más dinámica, la ICA; y antiguo secretario de Comunicaciones y Obras Públicas) fue políticamente muy poderosa y le complicó mucho al gobierno el empleo abierto de la represión.

La presencia de Barros Sierra fue el contrapunto necesario para brindar al movimiento un rostro menos insoportable que el de sus activistas, brigadistas y asambleístas.

La UNAM como institución adoptó el pliego petitorio del CNH. La fracción más light de la Universidad propuso que fuese el Consejo Universitario quien adoptara el papel de mediador. El radicalismo de la mayoría rechazó esa "mediación", puesto que en su resolución del 15 de agosto el Consejo Universitario aceptaba los seis puntos menos uno: la libertad de los presos políticos. Un sexto sentido impidió que le "limaran los colmillos al tigre".

*En defensa de la autonomía,  
primero de agosto de 1968*

